

“Y entregó su alma”.

Sencillas, inolvidables páginas.

---

Sobriedad, hondura de análisis espiritual, maestría técnica en un tema difícil y no explotado, son los rasgos más notorios de esta sencilla novela extraordinaria que confirma los méritos del escritor sueco, hasta ayer desconocido por nosotros.—JUAN LOVELUCK.

■  
ERNESTO MONTENEGRO, CRÍTICO CHILENO

Ernesto Montenegro es hoy por hoy el mejor crítico de Chile. Empiezo con esta afirmación dogmática porque la crítica chilena está en manos de tres o cuatro “críticos oficiales” cuyos nombres son bien conocidos. Existe entonces el peligro de que un escritor como Montenegro, que ha vivido muchos años fuera de Chile, que ha hecho trabajos de traductor y de folklorista, sea postergado o colocado al margen de la historia literaria.

Los años que Montenegro ha estado fuera de su patria le han servido para adquirir una cultura superior, para enfocar los problemas artísticos con un criterio universal, para no dejarse influenciar por los pequeños intereses y ambiciones de grupo, para no caer en el pantano de la política literaria. Este hecho ha quedado claramente demostrado en las decisiones de los certámenes en que ha tomado parte y en la distribución de premios nacionales y municipales que ya empezaban a constituir una vergüenza nacional.

Su actitud independiente y justiciera, manifestada en forma especial en el premio adjudicado a González Vera, coloca a este escritor en un plano moral envidiable y ofrece a los escritores jóvenes una garantía de honradez sin la cual no es posible que una literatura florezca como resultado de la vida de un país. En países como

el nuestro en que el único aliciente que tiene un escritor es el aplauso de sus pocos lectores o la posibilidad de un premio literario, es un crimen jugarse esta recompensa a la ruleta o a la "chuña", Con Montenegro entra en la constitución de los jurados el criterio libre, el conocimiento del tema en discusión, una fuerte dosis de patriotismo, la indiferencia por el aspecto financiero de los premios, la sensibilidad de un verdadero artista, la cultura definidora de los valores.

La obra de Ernesto Montenegro es pequeña pero bien nutrida y jugosa. Su primer libro, *Cuentos de mi tío Ventura* (1932) es una de las colecciones de cuentos populares más amenos en la literatura de su patria. Estos cuentos tienen el picante sabor de las cosas de la tierra, la inocente picardía de los habitantes de nuestros campos, el tono moral con que los "huasos" desnudan sus almas de pecado. Encajan además dentro de una tradición castiza que se remonta a los lejanos días del Infante don Juan Manuel, continúa a través del siglo de oro y viene a hacerse rústica en la mente primitiva de los hombres de América, desde la colonia hasta hoy.

El Tío Ventura domina la lengua vernácula y conoce la psicología de su gente. Por eso los chicos que forman su auditorio le escuchan con el alma en la boca y el lector de Montenegro le sigue con el mismo entusiasmo. Algunas de estas narraciones en nada demerecen de las de don Ricardo Palma, hoy clásicas en nuestra literatura y deberían aparecer en todas nuestras antologías en vez de esos cuentos chirles de los "costumbristas" modernos que nos presentan "huasos" y "chinas" como figuras de cartón. El encanto de los cuentos del Tío Ventura está en la intriga picaresca, en la inocencia fingida de los personajes y en la sal del estilo, lleno de refranes, chilenismos y salidas irónicas. Las primeras líneas de cada relato crean ya la atmósfera necesaria, v. gr., ésta de *El Niño del gallo*:

"A una señorita ya algo mayor le dieron una vez un niño huacho para que le sirviera de compañía, pero el indino era tan sin

“ley que no sabía lo que era tenerle miedo a nada, y ya le estaba “haciendo salir canas verdes a la pobre” (1).

Su segundo libro, *El Hombre que corrompió a Hadleyburgo* (1933), es la traducción de una serie de cuentos norteamericanos. Los autores incluidos en el volumen son Mark Twain, Ambrose Bierce, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Ring Lardner, Thyra S. Winslow, y Hemingway. La selección revela un conocimiento concreto y seguro de la literatura de los Estados Unidos y ningún crítico norteamericano podría superarla. Para su tiempo, entonces, es una antología representativa. En el arte de traducir Montenegro se desempeña bastante bien, a pesar de las dificultades inherentes a tal ejercicio.

*Puritania* (1934), es un libro de fantasías y crónicas de la vida norteamericana. Pero es más que esto. Montenegro penetra en la psicología de este pueblo con rara intuición. Ve cosas que sólo los yanquis deberían ver y anticipa acontecimientos con alarmante clarividencia. Al leer esa novela breve incluida en *Puritania* llamada “El secuestro de Rockefeller” he visto una especie de técnica del secuestro y sus resultados tal como aparece más tarde en ocurrencias verídicas. Sus descripciones de la zona minera de California y de las regiones hispánicas de Nuevo México se encienden en líricos fuegos, pues el escritor reconoce en la primera una tradición española-chilena y en las segundas la transición que sufre la raza española en un ambiente de cambios violentos.

Yo que he andado por todas las tierras que visita este autor doy fe de la autenticidad de sus relatos, ya sea al seguir la huella hispánica en California como la francesa en el Canadá, ya sea entre los “hispanos” de Santa Fe o entre los sefardíes de Nueva York. Y en una lejanía de treinta años me sonrió melancólicamente al pensar que Montenegro y yo estuvimos en el mismo lugar presenciando la lucha entre Dempsey y Carpentier, cuando yo no conocía aún al autor de este libro.

---

(1) *Cuentos de mi tío Ventura*, pág. 73.

Hago esta revisión de impresiones ahora que ha llegado a mis manos el último libro de Ernesto Montenegro: *De descubierta* (1951). Contiene este breve volumen seis ensayos, "Crítica-Bibliografía-Estadística"; Pezoa Véliz, poeta del pueblo; "Integridad de Baldomero Lillo"; "Apreciación de D'Halmar"; "La Vida andariega de Pérez Rosales", y "La Guerra a Muerte, según Vicuña Mackenna". Casi todos estos ensayos habían sido ya publicados, pero ¡cosa rara! todavía en 1952 son de actualidad.

El estudio sobre Pezoa Véliz sirvió de prólogo a la primera edición de los versos del autor de "Tarde en el Hospital", 1912. Queda definida en este ensayo toda una generación de poetas chilenos entre los cuales Pezoa ocupa el lugar más importante; Montenegro cree en la vena popular de este poeta, aunque es evidente que ha sido tocado por la varilla mágica del modernismo. La originalidad de Pezoa consiste en "la franqueza a veces cruel, a veces brutal, en la expresión de su sentir y su pensar". El origen humilde del poeta y el abandono de su existencia son los factores determinantes de su obra. Hay naturalmente excepciones en poemas como "Capricho de artista", "Romanza de amor", "Noctámbula", "Tarde en el Hospital", etc., en que la influencia de Darío, Gutiérrez Nájera o Ada Negri es innegable, pero su expresión más genuina hay que buscarla en "Pancho y Tomás", "Nada", "Entierro de campo", poemas de recia inspiración popular.

Creo que Montenegro ha captado el espíritu creador de este poeta al transmutar los valores humanos en valores líricos, y aunque yo mismo he señalado influencias literarias cultas en él tengo que reconocer que lo más intenso de su poesía está en el factor nacional. Antonio de Undurraga, autor del libro más completo que se haya escrito sobre Pezoa Véliz (2), concuerda con Montenegro, y conmigo en la mayor parte de estas apreciaciones estéticas.

No he leído en ninguna parte un juicio más justiciero y más ceñido a la verdad que este que Montenegro dedica al primer cuen-

---

(2) Pezoa Véliz, *Biografía, crítica y antología*, 1951.

tista chileno, Baldomero Lillo, autor de los cuentos mineros intitulados *Subterra*. Toda la angustia de esos obreros chilenos que trabajan en las minas de Lota pasa a la sensibilidad del comentador, y de él, al lector de su ensayo. Otra vez estamos en presencia de un genuino escritor chileno, una especie de Gorki nativo que eleva la miseria horrorosa de esas víctimas a un plano artístico ameritado por la piedad y la pasión.

La apreciación de D'Halmar nos revela la personalidad de un novelista de esa generación que brilló entre 1900 y 1910, de un "exquisito" que cultiva, el primero en Chile, la escritura artística y que bajo múltiples influencias—Zola, Daudet, Tolstoy, Ibsen, Loti, Proust—ejerce en su patria un verdadero magisterio literario. Montenegro analiza sus obras principales: *Juana Lucero*, *La lámpara en el molino*, *La pasión y muerte del cura Deusto*. Es una lástima que Montenegro no haya traído su análisis a las obras más recientes de este novelista cuya muerte acabamos de lamentar.

Montenegro es un gran admirador de la vida trashumante y aventurera de Vicente Pérez Rosales, uno de los hombres más pintorescos en la historia chilena. Su entusiasmo llega a la exageración cuando escribe: "*Los Recuerdos del pasado* son el libro de cabecera de la literatura chilena", afirmación que aceptaríamos si se refiriera a la del siglo XIX, pero que ponemos en tela de juicio al pensar en obras como *Alsino*, *El hermano asno*, *Canto General*. Yo mismo le sigo en esta admiración hasta el punto de haber traducido al inglés la parte de *Recuerdos del pasado* que se refiere a las experiencias del autor en California (3). La mejor definición que se puede dar de la obra de Pérez Rosales nos la ofrece Montenegro en estas cuatro líneas: "Y esa rica experiencia del mundo supo don Vicente contarla con tan espontánea campechanía que no parece que tuviéramos un libro por delante, sino que un amigo de la casa fuese detallándonos de viva voz los mil y un trajines de su andariega y contrariada vida". Esto es lo exacto, pero lo que nos cuentan los ami-

---

(3) *California Adventure*. (En col. con E. M. Morby). San Francisco, 1947.

gos no tiene nunca categoría literaria, por interesante que sea. El libro de Pérez Rosales vale más por lo dramático vital, por lo humano, que como obra literaria.

Algo parecido podría afirmarse de *La Guerra a Muerte*, de Vicuña Mackenna, comentario de uno de los períodos más brutales de la historia de Chile; el mismo Montenegro nos da la razón: "*La Guerra a Muerte* en que lucen a parejas la viveza de su estilo, su intuición de los caracteres y ese inagotable interés humano que es, a no dudarlo, su virtud más sólida y duradera".

He dejado intencionalmente para el fin de mi comentario el capítulo primero del libro, que trata de la crítica, la bibliografía y la estadística. Al escribir un resumen crítico de la novela en Chile en los últimos cincuenta años el crítico se queda perplejo pensando en toda la basura que existe con el nombre de novela. La dificultad de definir lo que es exactamente una novela también le preocupa, y por fin la necesidad de hacer una revisión de valores. "Las facultades distintivas del crítico son las de percibir, comparar, escoger; él ha de interpretar la bibliografía. La labor del bibliógrafo es su auxiliar. Este realiza una tarea inclusiva y cuanto más completa, mejor". Aquí observo que Montenegro no cree en la conciliación de ambas actividades, opinión con la cual yo estoy en desacuerdo, al pensar en escritores como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, para quienes ambas actividades son de igual valor en la prueba final de la crítica literaria.

Lo que le pasa a Montenegro es que se ciñe demasiado a la observación de las condiciones locales en esta clase de estudios. El comentador de la literatura que desdeña la bibliografía razonada y escribe sobre obras literarias como podría hacerlo sobre modas femeninas o carreras de caballos, no merece tomarse como ejemplo. Ese es el caso del señor Ricardo Latcham. El erudito de temperamento, el bibliógrafo serio, que insiste en hacer obra crítica va por camino equivocado. Este es el caso del señor Silva Castro.

Montenegro menciona en seguida al crítico ecléctico—acaso pensando en el señor Díaz Arrieta—que trata de juzgar al escritor por

sus mejores obras. Pero ¿hasta dónde debe llegar la elasticidad del criterio en esta cuestión? Es verdad que el crítico de inteligencia y corazón debe ser piadoso con los jóvenes y alentarles en sus primeros esfuerzos; pero de aquí se puede avanzar inconscientemente hasta llegar a esa crítica encanallada a que nos tienen acostumbrados las revistas chilenas en que una camarilla de audaces y mediocres declara geniales los esperpentos escritos por sus compañeros.

Pone fin a sus observaciones nuestro autor en la forma siguiente: "Algunos casos recientes nos han dejado ver con lamentable coincidencia la disparidad del gusto del crítico con el de la masa de lectores y aun con el criterio de los jurados. La conclusión final parece ser que no debemos remontarnos demasiado alto si no queremos quedarnos solos". Esto es revelador. Es justo que el verdadero crítico no concuerde con la masa de lectores, ni siquiera con aquella masa que se cree iniciada, y mientras menor es la cultura de una sociedad mayor debe ser esa disparidad. También es justo que no esté de acuerdo con el criterio de los jurados, sobre todo si éstos son de compadritos venales. Lo que no es justo es que el crítico inteligente sea un derrotista, tema volar demasiado alto y tema quedarse solo. En esta actitud de Montenegro, que yo estimo acomodaticia, se nota demasiado a las claras la influencia maleante del ambiente.

---

Los cinco autores que estudia Ernesto Montenegro en *De descubierta* son en cierto modo los más representativos en sus respectivos géneros de nuestra literatura. El espíritu de selección es una de las más altas cualidades del crítico literario y Montenegro demuestra poseer este don. Ojalá pueda nuestro compatriota dedicarse de lleno a su obra literaria y llegar a ser un día la sexta personalidad representativa. Pero para esto será necesario que se aleje de Santiago y se vaya a vivir a San Felipe.—A. TORRES RÍOSECO.

